

Lloras y regresas.

Carta poema



Imagen: Luis Cruz Sanabria

Hay momentos en que ansías la soledad porque sientes el fastidio y el tedio de la rutina. Cuando por fin tienes esa oportunidad, cuando al fin eres libre de las cadenas de tu monótona vida, y tus quejas sobre lo que hace falta y lo que tienes que hacer se van, te das cuenta del grave error que cometiste al desear la soledad forzada. Ahora, ya por fin que estás solo, ya que por fin tu deseo de un cambio es satisfecho, lloras.

Lloras por el abrazo que antes, diario, se te regalaba.

Lloras por el beso que era depositado en ti con ternura, con amor.

Lloras por la compañía cuando comes.

Lloras por la ausencia de ruido y la extrema calma.

Tu cuerpo expresa risa, cuando todo tú emanabas llanto;
de repente, así de pronto, casi de inmediato, quieres regresar.

Retornar a una cama destendida;
a un desayuno simple, pero personalizado;
regresar a tu casa sucia, pero acogedora;
a un patio que no visitas, pero que sabes certeramente tuyo.

Volver a las caminatas que te alejan o te acercan a quien deseas,
sufrir las visitas que se habían convertido en norma.

Sigues llorando,
permaneces en donde estás hasta que ya no eres solicitado,
subes el elevador, caminas cansado -tus pies casi no responden-,
llegas a tu puerta. Fastidiado de estar solo, la abres.

¡Cómo! ¿No hay nadie quien te reciba?
Tonta criatura. Ahora extrañas el "¿cómo te
fue, te llevaste suéter?"

Te recuestas, tomas aire.
Escuchas los sonidos de tu alrededor.
Todo está en constante ajetreo,
en movimientos medidos.
Y tú solo escuchas silencio.
Silencio porque nadie te habla
y esos murmullos que escuchas,
jamás se dirigen a ti.

Te convertiste en el inservible solitario que
tanto anhelabas. ¿Suficiente? ¿Ya quieres
regresar? Lamento decirte, infame
miserable, que es tu penitencia quedarte
atrapado en el limbo de la indiferencia

social, *el verdadero silencio a voces*, en la
caminata nocturna, en el paraíso que no te
observa.

No te preocupes. Cuando llores
desgarrado y desees lo que tenías, estaré
contigo
y me dirás qué sentiste y qué tan adolorido
amanecía tu cuerpo y tus entrañas. Porque
finalmente, amado seductor, quién mejor
que yo para entender lo que extrañas. Si al
final del día éramos dos los que entraban.
Te quiero.

Soledad.

Samantha Cervantes nació en 1988. A los 16 años, después de una clase de filosofía, entendió que lo que no expresaba el gesto lo expresaba la palabra. Estudió la Licenciatura en Relaciones Internacionales en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM. Se considera poeta, vagabunda errante.